

CIUDAD DE LLEGADA

CÓMO LA MAYOR MIGRACIÓN
DE LA HISTORIA
CONFIGURA NUESTRO MUNDO

DOUG SAUNDERS



DEBATE

Ciudad de Llegada

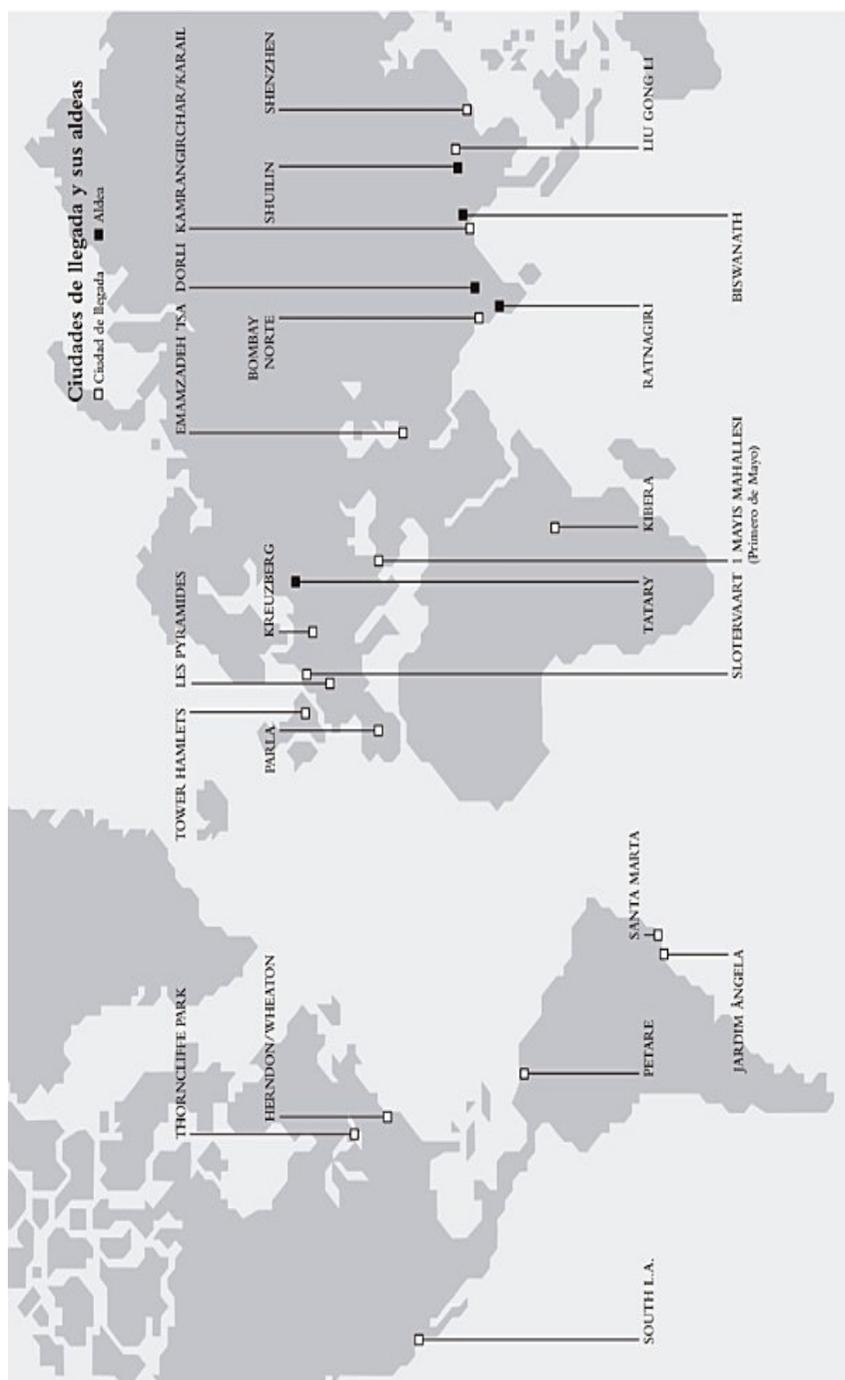
La última migración
y el mundo del futuro

Doug Sanders

Traducción de
Fernando Garí Puig

www.megustaleerebooks.com

Para Elizabeth Renzetti



Prólogo

DONDE TODO CAMBIA

Lo que se recordará del siglo **xxi**, más que cualquier otra cosa salvo quizá los efectos de un clima cambiante, será la transformación definitiva de las sociedades humanas y su paso del ámbito rural al urbano, de la vida en el campo a la vida en la ciudad. Llegaremos al final de este siglo siendo una especie totalmente urbana. Semejante movimiento abarcará una cantidad de personas sin precedentes — dos o tres mil millones de seres humanos, alrededor de una tercera parte de la población mundial— y afectará a todo el mundo de manera tangible. Constituirá el último movimiento de población de semejante alcance y proporciones; y, de hecho, los cambios que introducirá en la vida de las familias, que pasarán de ser grandes familias agrarias a pequeñas familias urbanas, pondrán punto final a uno de los temas capitales de la historia del hombre: el crecimiento ininterrumpido de la población.

La última vez que la humanidad inició un movimiento migratorio parecido —en Europa y el Nuevo Mundo, entre finales del siglo **xviii** y comienzos del **xx**—, el efecto que tuvo llevó a un replanteamiento global del pensamiento humano, de las formas de gobierno y del bienestar. La urbanización en masa llevó a la Revolución francesa y a la revolución industrial, y con ellas a las enormes transformaciones sociales y políticas de los dos siglos pasados. Sin embargo, el relato de este cambio humano no se encuentra en los periódicos de 1840 ni en los debates parlamentarios de comienzos del siglo **xx**. La emigración a las ciudades y la aparición de nuevos enclaves urbanos de

transición han constituido una historia prácticamente desconocida para la gente a la que afectó directamente; y los desastres ocasionados por una urbanización descontrolada —desde la miseria hasta la guerra, pasando por estallidos revolucionarios— han sido a menudo el resultado de esa ceguera. No hemos sabido dar cuenta de ese aflujo de personas y, en consecuencia, hemos creado comunidades urbanas para recién llegados que se han sentido atrapados, excluidos y frustrados. Buena parte de la historia de esta época ha sido la de gente desarraigada y privada del derecho de voto que, no obstante, ha insistido en ganarse, con urgencia y a veces violentamente, un lugar en el orden urbano.

Si en estos momentos cometemos el mismo error y atribuimos poca importancia a esta gran migración, si la consideramos como un simple ruido de fondo o como un destino que solo va a afectar a otros y del que podremos librarnos en nuestros respectivos países, corremos el riesgo de sufrir convulsiones y rupturas mucho más graves. Algunas consecuencias de esta gran migración las tenemos ya ante nuestros ojos: las tensiones derivadas de la inmigración en Estados Unidos, Europa y Australia, así como las explosiones políticas ocurridas en Irán, Venezuela, Bombay, Amsterdam o la periferia de París. Sin embargo, buena parte de esos cambios y discontinuidades están pasando completamente inadvertidos. No comprendemos este movimiento migratorio porque no sabemos cómo contemplarlo. No sabemos dónde mirar y carecemos de lugar y de nombre que atribuir al centro de gravedad de nuestro nuevo mundo.

A lo largo de mis viajes periodísticos he desarrollado la costumbre de introducirme en las nuevas ciudades subiendo a sus metros y tranvías para recorrer sus líneas hasta el final o metiendo las narices en los escondidos resquicios y rincones de los núcleos urbanos para examinar el paisaje que se extiende ante mis ojos. Y dicho paisaje resulta siempre fascinante, bullicioso, poco atractivo, improvisado, lugares difíciles, llenos de gente nueva y grandes planes. Mis viajes hasta los límites de las ciudades no han sido siempre voluntarios: a menudo, las noticias me han arrastrado a la fuerza hasta la periferia

norte de Bombay, a la polvorienta periferia de Teherán, a las chabolas de las colinas que rodean São Paulo y Ciudad de México, y a los bloques de pisos de las afueras de París, Amsterdam y Los Ángeles. Lo que he descubierto en esos lugares ha sido gente que ha nacido en pueblos y aldeas, que tiene su mente y sus ambiciones puestas en el centro simbólico de la ciudad y que se halla inmersa en una lucha monumental para encontrar en ella un nicho básico y duradero para sus hijos.

He descubierto que esa antigua población rural ha creado espacios urbanos sorprendentemente similares por todo el mundo; espacios cuya apariencia física podía variar, pero cuyas funciones básicas y su entramado de relaciones humanas resultaba claro y fácilmente identificable. También había un modelo estándar de instituciones, costumbres, conflictos y frustraciones que se construían y se apreciaban tanto en las comunidades pobres del mundo en vías de desarrollo como en las grandes ciudades ricas de Occidente. Debemos dedicar mucha más atención a dichos lugares, puesto que no son únicamente núcleos potenciales de conflictos y violencia, sino también los vecindarios donde tiene lugar la transición de la pobreza, donde se forjan las nuevas clases medias y donde se crean los sueños, los movimientos y el gobierno de las próximas generaciones. En una época en que la eficacia y el propósito básico de la ayuda exterior se han convertido en cuestiones que despiertan un profundo y justificado escepticismo, creo que esos espacios urbanos de transición ofrecen una alternativa viable. Es en ellos, más que en el nivel macroestatal o microhogareño, donde una inversión seria y sostenida por parte de los gobiernos tiene más posibilidades de crear un beneficio duradero e incorruptible.

Durante el trabajo de investigación que me ha permitido escribir este libro, he visitado veinte lugares de estas características en un esfuerzo por hallar ejemplos más representativos de los cambios que están transformando los pueblos y ciudades de numerosos países. Este libro no pretende ser un atlas de Llegada ni una guía universal sobre la gran migración —fenómenos igualmente fascinantes

se están dando en Lima, Lagos, El Cairo, Karachi, Calcuta, Yakarta, Pekín, Marrakech o Manila— y tampoco se trata de una obra que carezca de precedentes. Numerosos especialistas en estudios sobre migración, urbanismo, sociología, geografía, antropología y economía han documentado el fenómeno que estas páginas describen; y muchos de ellos me han ayudado generosamente en mi trabajo.

Sin embargo, el mensaje de mayor calado a menudo pasa inadvertido para muchos ciudadanos y líderes: esta gran migración de seres humanos se manifiesta en la creación de un tipo de espacio urbano especial. Estos espacios de transición —las ciudades de llegada— son los lugares de donde surgirá el nuevo gran *boom* económico y cultural o donde se producirá la próxima gran explosión de violencia social. Que ocurra una cosa u otra dependerá de nuestra capacidad para apreciar el fenómeno y de nuestra disposición a implicarnos en él.

1

En el límite de la ciudad

Liu Gong Li, China

Todo empieza con una aldea. Para alguien de fuera, el sitio parece inmutable, intemporal, un lugar ajeno a los cambios y aislado del resto del mundo. Y lo atribuimos a la naturaleza. Para los que al pasar contemplan desde un coche el revoltijo de construcciones bajas, la aldea parece un lugar tranquilo donde reina una belleza ordenada y sutil. Nos imaginamos su tranquilo ritmo de vida, libre de los ajetreos de la modernidad. El puñado de cabañas se agrupa en lo alto de un pequeño valle. Unos cuantos animales domésticos dan vueltas en los corrales, los niños corren por el borde de los campos. Una fina voluta de humo sale de una de las chozas. Un anciano deambula por la zona boscosa de la cumbre, con un saco de arpilleras a la espalda.

El hombre se llama Xu Qin Quan, y está buscando una cura. Baja por el antiguo camino de piedra que discurre junto a los campos dispuestos en terrazas hacia el pequeño claro del fondo del valle, tal como los miembros de su familia lo han hecho durante diez generaciones. Allí encuentra los remedios que ha conocido desde niño: los finos tallos *ma huang*, para preparar infusiones contra el resfriado; las tupidas ramas de *gou qi zi*, buenas para las dolencias del hígado. Corta unas cuantas con su navaja, las guarda en el saco y vuelve a lo alto de la colina. Una vez allí, se detiene un momento y contempla las nubes de polvo que se alzan hacia el norte, donde los equipos de construcción están convirtiendo el estrecho y baqueado camino en una amplia carretera. El viaje de ida y vuelta a

Chongqing, al norte, que anteriormente llevaba un día entero, no tardará en poder hacerse en menos de dos horas. El señor Xu observa cómo el polvo tiñe de ocre los árboles en la distancia y piensa en los grandes males, en las penurias que han assolado sus vidas y matado a sus hijos, que los han sometido a décadas de miedo a la hambruna seguidas por años de paralizante tedio. Esa noche, en la reunión de la aldea, propone una gran cura. «A partir de esta noche —dice— dejaremos de ser una aldea.»

Es 1995 y el pueblo se llama Liu Gong Li. Ni su aspecto ni sus familias ni su cultivo totalmente manual del trigo han cambiado durante siglos. Fue bautizado con ese nombre —que significa «Seis kilómetros» durante la construcción de la carretera de Birmania, cuando la gran ciudad interior de Chongqing era su punto de llegada. Tras la Segunda Guerra Mundial y durante décadas, ese nombre fue una quimera porque el puente original que llevaba a la ciudad había sido bombardeado, y su alternativa más próxima, situada a muchos kilómetros, resultaba lo bastante intransitable para hacer el viaje económicamente inviable; incluso suponiendo que el Partido Comunista lo hubiera aprobado. La aldea no tenía conexión con ninguna ciudad y ningún mercado. Trabajaba la tierra exclusivamente para sí. El suelo y los rudimentarios métodos de cultivo nunca proporcionaban sustento para todos. Cada tantos años, los avatares del clima y la política desembocaban en una hambruna. Entonces, la gente moría y los niños pasaban hambre. Durante los terribles años comprendidos entre 1959 y 1961, el pueblo perdió una parte importante de su población. El hambre desapareció dos décadas más tarde y fue sustituida por una desapasionada dependencia de los subsidios del gobierno. En Liu Gong Li, al igual que en otras aldeas agrícolas del resto del mundo, nadie veía la vida rural como natural o tranquila, sino como una monótona y terrorífica apuesta. En la última década del siglo xx, cuando China abrazó una variante del capitalismo, sus pueblos y aldeas recibieron de repente permiso para urbanizar tierra no cultivable y ponerla en el mercado. Así pues, cuando el señor Xu propuso aquel remedio, no hubo disensión alguna: declararían no

cultivable toda la tierra. A partir de ese momento, la aldea dejó de ser una aldea y se convirtió en un destino para aldeanos.

Quince años más tarde, Liu Gong Li se revela como un espectro junto a la congestionada carretera de cuatro carriles que penetra un kilómetro en la ciudad: entre una selva de bloques de apartamentos se despliega un deslumbrante espejismo de formas cúbicas, grises y marrones, que se derraman por las laderas de las colinas hasta donde alcanza la vista; una anárquica construcción de vidrio que ha borrado el paisaje. De cerca, el vidrio se materializa en casas y comercios, en irregulares viviendas de cemento y ladrillo de dos o tres plantas construidas por sus ocupantes sin planos ni permisos, apoyadas unas en otras, sobresaliendo en ángulos inverosímiles. Diez años más tarde del remedio del señor Xu, la aldea de 70 habitantes ha aumentado hasta los 10.000 residentes; una década después, se ha fusionado con otras antiguas aldeas para formar una compacta aglomeración de 120.000 personas, muy pocas de las cuales están oficialmente empadronadas allí. Ya no es una lejana aldea, ni siquiera una zona de las afueras. Es una parte clave e integral de Chongqing, una ciudad de 10 millones de habitantes que se apilona dentro y alrededor de una península de rascacielos que se parece mucho a Manhattan, tanto por la densidad de su población como por lo febril de su actividad. Con más de 200.000 personas incorporándose todos los años a su población y con 4 millones de inmigrantes no censados en su extrarradio, constituye seguramente la ciudad con una mayor tasa de crecimiento del mundo.*

Ese crecimiento se debe principalmente a la multiplicación de lugares como Liu Gong Li —espontáneos asentamientos de gente que huye del campo, conocidos en China con el nombre de *cun* («aldeas urbanas») —, que surgen a cientos en los perímetros de las grandes ciudades. Sus calles y manzanas están rígidamente organizadas en función de los pueblos y regiones de las que provienen sus habitantes. Estos se refieren a sus vecinos urbanos que han llegado de sus propias regiones rurales como *tongxiang*, literalmente «colegas». Como mínimo, 40 millones de campesinos se incorporan to-

dos los años a dichos enclaves, aunque una cantidad importante, alrededor de la mitad de ellos, acaban regresando a sus aldeas de origen por la dureza de las condiciones de vida, por desesperación o por expreso deseo. Los que se quedan suelen estar muy motivados.

Para alguien de fuera, Liu Gong Li no es más que una fétida barriada. El viejo camino que bajaba hacia el valle se ha convertido en una calle atestada de casuchas amontonadas unas encima de otras. Sus polvorientas aceras están llenas de tiendas de teléfonos móviles, ropa, herramientas, carnicerías, barras de comida rápida donde humean grandes *woks* rebosantes de aromas picantes. Entre todas componen una algarabía comercial que se extiende a lo largo de dos kilómetros y desaparece en una laberíntica red de callejuelas y escaleras cuyas perspectivas antinaturales parecen salidas de un grabado de Escher. El aire es una maraña de cables eléctricos y de televisión. Las aguas residuales corren al aire libre por los costados de los edificios y desembocan en un hediondo río que discurre bajo puentes de cemento, en el fondo del valle. La basura y los detritos parecen estar por todas partes y se acumulan en montículos tras las casas. Un caos de vehículos de dos, tres y cuatro ruedas abarrota todos los carriles de la calzada. No hay espacio sin gente, sin actividad, y tampoco rastro de verdor. Desde ese punto de vista podría parecer que el lugar es un refugio infernal para indigentes, el último reducto para los fracasados y marginados de una enorme nación: un lugar para los que carecen de futuro.

La verdadera naturaleza de lugares como Liu Gong Li se hace evidente cuando uno se aleja de la calle principal y se adentra por las sucias calles de tierra que descienden hacia el valle. Detrás de cada ventana, de cualquier tosca abertura en el cemento, se escucha un fragor de actividad. En lo alto de la colina, cerca del lugar donde el señor Xu tomó la gran decisión en 1995, uno se topa con un ruidoso rectángulo hecho de bloques de cemento, encajado en una abrupta esquina, de donde sale un agradable aroma de cedro. Se trata del taller-vivienda de Wang Jian, de treinta y nueve años, y su

familia. El señor Wang llegó hace cuatro años de su aldea de Nan Chung, situada a ochenta kilómetros de distancia, con el dinero que había ahorrado tras años de trabajar de carpintero (un total de 700 yuanes, equivalente a 102 dólares).* Alquiló una pequeña habitación, reunió un poco de chatarra y madera desechada y empezó a construir, a mano, bañeras tradicionales chinas de madera, que están teniendo muy buena acogida entre la emergente clase media. Tardaba dos días en fabricarlas y las vendía con un beneficio de 50 yuanes (7,30 dólares). Al cabo de un año, había ganado lo suficiente para mecanizarse y buscar un taller más grande. Hizo venir a su mujer, a su hijo, a su nuera y a su nieto. Duermen, se lavan, cocinan y comen en una zona desprovista de ventanas situada en la parte de atrás, tras una cortina de plástico, un lugar aún más expuesto y estrecho que la choza de la aldea en la que vivían.

Sin embargo, nadie habla de marcharse. Esa vida, a pesar de la mugre y todo lo demás, es mejor. «Aquí uno puede lograr que sus nietos se conviertan en personas de éxito si encuentra una manera decente de ganarse la vida. En cambio, en la aldea solo se puede sobrevivir», declara el señor Wang con su dialecto cantarín de Sichuan mientras aplica un refuerzo de hierro a una bañera. «Yo diría que una quinta parte de los que se han marchado de mi aldea han acabado montando sus propios negocios. Y de la aldea se ha marchado casi todo el mundo. Solo quedan los viejos. Se ha convertido en una aldea fantasma.»

El señor Wang y su mujer siguen enviando una tercera parte de sus ganancias a la aldea, para ayudar al sustento de sus padres, que ya no trabajan. Hace un año compró un pequeño restaurante en la carretera de Liu Gong Li para que lo regentara su hijo. El margen de beneficio del señor Wang es estrecho porque la competencia es grande. En Chongqing hay otras doce fábricas de bañeras, y todas están en Liu Gong Li. «La mía es la que más fabrica —asegura—, pero no es necesariamente la más rentable.» Eso significa años de ahorro, estrecheces y de confiar que el mercado de las bañeras se mantenga antes de que puedan comprarse su propia vivienda, en-

viar a su nieto a la universidad y salir de Liu Gong Li. Aunque, si el sueño se hace realidad, es posible que Liu Gong Li haya evolucionado para entonces en la clase de sitio donde les apetezca quedarse.

En el fondo del valle, el cubismo gris se transforma en un mosaico de pequeñas industrias —que oficialmente no existen— escondidas en un entramado de chabolas de cemento. En la misma calle de la fábrica de bañeras, pero más abajo, hay un lugar increíblemente ruidoso donde 20 empleados fabrican verjas de seguridad; un poco más allá, otro donde se construyen cámaras frigoríficas; otro, es un taller de pintura al horno y esmaltados; en uno, media docena de grandes máquinas fabrican patrones de bordado por ordenador; más lejos, se hacen bobinados eléctricos; en un lugar hediondo, un grupo de trabajadores adolescentes se afanan con sus máquinas de sellado térmico para fabricar juguetes hinchables de playa. En cientos de talleres familiares como esos se construyen rótulos para comercios, marcos de ventana de PVC, conductos de aire acondicionado industrial, muebles baratos, cabezales decorativos de cama, transformadores de alto voltaje, piezas de recambio de moto talladas con máquinas láser. Todas esas fábricas, cuya producción va destinada a los consumidores asiáticos, las pusieron en marcha doce años atrás los campesinos que emigraron allí o los antiguos empleados de la primera oleada de aldeanos.

En todos y cada uno de esos cubículos de cemento sin pintar se reproduce la misma secuencia de llegada, lucha, apoyo, ahorro, planificación y cálculo. Todos los que viven en Liu Gong Li, sus 120.000 habitantes, han llegado desde 1995 de aldeas rurales. Todos lo que, pasados los primeros meses y a pesar de la suciedad, el hacinamiento y las difíciles condiciones de vida, deciden quedarse lo hacen porque consideran que se trata de una vida mejor, aunque hayan dejado atrás sus hijos y familias. La mayoría de ellos han soportado interminables calvarios de renuncia, austeridad y sacrificio. Casi todos envían dinero, en muchos casos prácticamente todo lo que ganan, para contribuir al sustento de los que se han quedado en la aldea y para ahorrar de cara a la educación de sus hijos en la ciu-

dad. Todos están inmersos en un cálculo cotidiano cuyos factores son la insoportable carga de las privaciones de la vida en el campo, los gastos imposibles de afrontar de la vida urbana y el arduo camino de oportunidades que algún día es posible que forme un puente entre los dos primeros.

En otras palabras, la principal función de un lugar así es servir de llegada. Liu Gong Li, al igual que millones de asentamientos periféricos y urbanos de nueva creación, desarrolla un conjunto específico de tareas. No constituye simplemente un lugar donde vivir y trabajar, donde dormir, comer y comprar; se trata sobre todo de un lugar de transición. Casi todas sus actividades importantes —más allá de la mera supervivencia— tienen como fin atraer aldeanos y aldeas enteras a la esfera urbana, al centro de su vida económica y social, al mundo de la educación y culturización, en definitiva a una prosperidad sostenible. La ciudad de llegada se encuentra poblada por gente en estado de transición —puesto que convierte a los extraños en urbanitas de raíz con un futuro social, económico y político en el seno de la ciudad— y al mismo tiempo es en sí misma un lugar de transición, puesto que sus calles, sus hogares y las familias en ella establecidas se convertirán algún día en parte del núcleo de la propia ciudad. Y, si no, fracasarán y caerán en la pobreza o serán destruidas.

La ciudad de llegada se distingue fácilmente de otros asentamientos urbanos no solo por su población de origen rural, su aspecto improvisado y su cambiante naturaleza; sino también por los constantes lazos que establece en dos direcciones desde cada calle, hogar y taller. Por un lado, está vinculada de forma duradera e intensiva con sus aldeas de origen, enviando constantemente entre ambas dinero, personas y conocimiento; posibilitando las siguientes oleadas migratorias desde los pueblos, facilitando en estos el cuidado de los ancianos y la educación de los más jóvenes y, por último, financiando la modernización de las aldeas. Por otro, está vinculada de muchas y comprometidas maneras con la ciudad establecida, cuyas instituciones políticas, relaciones comerciales y entramados so-